



LA ARMADA



Organo del Comisariado de la Flota ::



Portavoz de los Marineros de la República ::

Época 2.^a (Año II) :: Cartagena 17 de Diciembre 1938 :: Redacción: Muralla del Mar, 7-1.º-izqda.-Tel. núm. 1.052 :: Núm. 95

La conciencia del deber Organo de combate

Ya comprenderán todos que no vamos a cometer la estúpida insensatez de dar aquí explicaciones de lo que deben ser siempre secretos en toda guerra, y si alguna explicación habríamos de dar, sería para convencer a todos del por qué y para qué deben guardarse los secretos en la guerra.

Sin embargo, nos será permitido expresar, llenos de fe, el espíritu admirablemente magnífico de todas las dotaciones, que, obedientes al deber clavado en su propia conciencia, sólo desean cumplir.

Los hemos visto en momentos graves y difíciles, y esperamos vernos con ellos en momentos aún más graves, seguros de que su temple resiste todas las pruebas.

En el puerto, y mejor en la mar, los hombres de nuestra Flota, sólo piensan en darlo todo—su trabajo y su sed, su sangre y su vida—por el Pueblo y por la República. El Mando de nuestra Flota está, sin duda, satisfecho del afán y del espíritu de todas las dotaciones, y, desde luego, puede estarlo.

En nuestro afán, siempre modesto y callado, quisiéramos que LA ARMADA fuese un órgano completo al servicio de la Flota. Que tuviese páginas de información y de lucha, de batalla y de combate, que hiciesen vibrar en sus líneas el alma de los marinos. Páginas de divulgación y de doctrina política, que formasen y agradasen al espíritu y la conciencia de todos los antifascistas; páginas de literatura y de arte; páginas de enseñanza profesional, en las que alternasen nuestros técnicos y nuestros Jefes, cuya colaboración estimamos siempre. Páginas todas, animadas con el dibujo y el huecograbado caligráfico y fotográfico, que es siempre el complemento de una buena publicación. Pero..., siempre ocurrió lo mismo: el ideal es una cosa y la realidad es otra, y en este caso concreto podemos y debemos decir que LA ARMADA no tiene más puntales ni más apoyos que el esfuerzo del Comisario y el calor de las dotaciones, que la reciben como pan exquisito y se la disputan todos los sábados. Y gracias que encontramos este papel que los amigos de veras nos buscan y nos envían, porque una vez que se intentó gestionarlo de quienes estaban obligados a darnoslo se nos dijo que no había, pero lo había para malgastarlo sirviendo lo que no sirve.

La enemiga a nuestra función, y más aún, a la integridad y la lealtad de nuestro Comisario General, no se la perdonan ciertos señores y ciertos organismos. Así nos pasa muchas veces con todo lo que lleva el sello del Comisario General, que para algunos debiera de ser un adulador que halagase a diestro y siniestro a todo el mundo, algo así como el almacenero de todo el incienso tan prodigado en España por nuestros botafumeiros.

Aquí está la Emisora de la Flota, cuya labor se admira como la mejor de la zona leal y facciosa y el Extranjero, y sin embargo, mientras otras tienen un presupuesto, por ejemplo de 200.000 pesetas, la nuestra se ve y se desea para obtener lo indispensable; pero, como está bajo el control del Comisario General, tiene que restringirse y suplirse con nuestro esfuerzo y nuestro cariño. ¡Error tremendo de quienes no quieren verlo, porque son ellos quienes debieran de verlo! Pero no lo ven, y nosotros no se lo vamos a contar al Gobierno, porque el Gobierno tiene otras muchas cosas más graves en que ocuparse.

Sin embargo, LA ARMADA, como la Emisora y como todo cuartel en la Flota representa el Comisario, perdura y se manifiesta con austera dignidad, hoy, lo mismo que ayer y que el primer día, fiel a su nacimiento y a su única razón de ser: ¡querer y servir una Flota moral y disciplinada, heroica y valerosa, democrática y republicana; a las órdenes de sus Mandos, de su Gobierno del Pueblo!

Si algún día se puede escribir—¡que se podrá!—la historia de nuestra Marina en esta guerra de los traidores y los invasores de nuestra Patria, se sabrá por todos nuestra obra en la Flota, porque fuera de ella no intervinimos nosotros.

Se sabrá que los Comisarios políticos, reclamados por el Pueblo y nombrados por el Gobierno, además de combatientes y responsables junto al jefe y al marinero, fueron también los hombres que en la Flota de la República—que no fue nueva, como el Ejército—le dieron constantemente el alma y la fe del Pueblo.

Y se la dieron y se la darán, hasta morir o vencer por España y por la República, sin decaer ni un instante ni por el olvido de unos ni por la incompreensión de otros, pensando sólo en los barcos y en sus hombres, en sus hombres, en sus inferiores y superiores, ¡en todos! Y poniendo en este pensamiento lo que tan difícil ha sido y nos es aún, como es la democratización consciente y disciplinada de una Marina, cuya doctrina y tradición estuvo lejos del Pueblo.



La pérdida de salida

Una vez más, quisiéramos convencer a todos los compañeros — que no son sólo marinería — para que no olviden que están al servicio del barco, y no el barco, al servicio de ellos.

El Comisario General, al que puede visitar siempre todo el que quiera, lo mismo que a los Comisarios, sin necesidad de escritos, no puede defender el incumplimiento del deber de nadie, y por eso lo cumple él.

En la mayoría de estos casos — que afortunadamente son pocos — la falta es de buena fe, y de ello está convencido el Comisario lo mismo que el Jefe; pero estamos en guerra, en guerra a muerte con el invasor, y el Comisario no puede amparar esas faltas, porque debe velar el primero por que todo el mundo esté en su puesto, sin que sirva de razón el que uno viva lejos, porque, entonces, ¿dónde iríamos a parar con ese razonamiento?

¿Se dice que el barco está listo para tantas horas? Pues el deber nos exige estar pendientes del barco, y no, del hogar.

No lo olviden todos, porque siempre es mejor prever que sancionar.



BUENA GESTION

Atendiendo los deseos del Comisario General, la Delegación Provincial de Abastos de Murcia envió el lunes pasado a nuestro compañero 200 cajas de melocotones de primera y 950 kilos de azúcar, todo a precio de tasa y a cuyo precio fué dis-

tribuído entre las comisiones de compra de nuestra Flota.

También atendiendo la gestión del Comisario General, se recibió el miércoles un vagón de naranjas, conteniendo 7.000 kilos de este fruto, que fué adquirido en el acto por las comisiones de compras de la Flota.

En el «Gravina»

El pasado viernes, día 9, tuvo lugar a bordo del «Gravina» un pequeño festival. Primeramente hubo una charla del Comisario

Recibimos las Libras

Al fin hemos recibido las 75 libras esterlinas, que nos había comunicado el Comisario Político del «José Luis Díez», con destino a la Campaña de Invierno.

Como se trata de divisas para nuestro Gobierno, una vez cambiadas en la Delegación Oficial, la cantidad total en moneda española la uniremos al total que llevamos recaudado en la Flota, para entregarlo a la Comisión unificada de la Campaña de Invierno.

del buque, con motivo de la invitación, hecha por la dotación, al recién evadido de la zona facciosa, Juan Pérez Dopico, el cual tenía gran número de amigos entre la misma. Después hubo una sesión de prestigitación a cargo del insigne don Abelardo Pallarés, ex Jefe de Máquinas del buque, que hizo olvidar por unos momentos los sinsabores de la guerra.

Habló sobre la vida en el campo faccioso. Resultó todo muy emocionante.

Camarada Marino:

LA ARMADA es tu periódico. Tu vida de lucha y trabajo, tus inquietudes y aficiones, queremos verlas reflejadas siempre en nuestras páginas. ¡Ayúdanos con tu calor!

DIARIO OFICIAL



DEL

MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL

RESERVA NAVAL. — Número 22.704. — Vista acta aprobada por la Junta formada con arreglo a lo dispuesto en el párrafo segundo del artículo tercero del reglamento para el ingreso en la Reserva Naval del personal de la Marina Mercante, este Ministerio, de acuerdo con lo informado por la Sección de Máquinas y Estado Mayor de Marina, ha resuelto conceder definitivamente ingreso en la Reserva Naval al personal que a continuación se relaciona, con las categorías que se expresan, escalafonándose, provisoriamente, por el orden en que figuran con arreglo a lo que determinan los artículos números 13, 14, 15 y 16 de la Orden Ministerial núm. 5.586 de 4 de abril último (D. O. núm. 82).

RELACION QUE SE CITA. Capitanes maquinistas de la Reserva Naval, primeros maquinistas navales. — D. Bernardino Uribe Orue-Rementería, con la antigüedad de 29 julio 1936.

D. Juan Beascochea Iñarritu, con la de 18 septiembre 1936.

D. Antonio María Anselmo Bilbao, con la de 15 diciembre 1936.

D. Fidel Aguirre Beascoa, con la de 15 diciembre 1936.

D. Leandro Guenaga Lastra, con la de 19 diciembre 1936.

D. Manuel Viedra Blanco, con la de 13 septiembre 1936.

D. Maximiano Artacho Rasines, con la de 14 septiembre 1937.

D. Juan Carsellés García, con la de 29 de julio 1936.

D. Miguel Olivet Pujola, con la de 29 de julio 1936.

Los cuatro últimamente escalafonados con categoría de capitanes, aunque figuran con mayor antigüedad de servicios, como estos han sido prestados en el empleo de segundos maquinistas, se les escalafona al final de los capitanes, por el orden de las fechas de nombramiento de su empleo de primeros maquinistas que son de 30 de diciembre de 1937 y de 21, 22 y 26 de septiembre de 1938.

Tenientes maquinistas de la Reserva Naval, segundos maquinistas navales. — D. Juan Alvarez Sala-Iglesias, con la anti-

güedad de 15 diciembre 1937. D. Guillermo González G. de los bas, con la de 8 noviembre 1937.

D. Juan Puig Roselló, con la de 19 mayo 1938.

D. Miguel Candini Cortés, con la de 31 mayo 1938.

Auxiliares de Máquinas de la Reserva Naval, primeros mecánicos navales. — D. Francisco Morata Meléndez, con la antigüedad de 9 septiembre 1937.

Segundos mecánicos navales. — D. Esteban César González Vega, con la antigüedad de 1 septiembre 1937.

D. Francisco Marín Naranjo, con la de 30 agosto 1938.

UNA VISITA

El miércoles último fué visitado en el buque insignia nuestro Mando superior por el Comandante del destructor inglés *Cartagena* al Ministro Plenipotenciario de la Gran Bretaña. Al comandante inglés acompañó en la visita el Agregado Militar en la Embajada.

Los visitantes fueron obsequiados por el Mando de nuestra Flota, al que expresaron sus simpatías, afirmando que, conociendo la moral de la Flota facciosa, veían muy superior en la Flota Republicana. ¿Será esto probable o será una afirmación sincera?

De todas formas, nos satisface mucho esta manifestación de los marinos ingleses, a los que devolvió la visita el Jefe del Estado Mayor, en representación del Mando superior de la Flota.

Reformando el adagio, por



— Dos no regañan cuando uno quiere.

— No es eso. Dos no regañan cuando ninguno de los dos tiene dignidad.

Francia e Inglaterra después de Munich

Por WINSTON CHURCHILL

Dada la significación del autor, creemos interesante traducir este artículo, en el que se examinan las consecuencias que la Conferencia de Munich ha tenido para los dos grandes países democráticos occidentales.

La resistencia a quedar convertida en pequeña potencia

Hay que admitir sinceramente que los amigos de Francia e Inglaterra han sufrido una impresión de extrañeza. Yo mismo, que durante 30 años he sostenido vigorosamente tanto en paz como en guerra, como en la post-guerra, la causa de la solidaridad anglo-francesa, me encuentro algo desconcertado.

No se sabe qué es lo que quiere la nueva Francia, ni qué es lo que vale actualmente, ni qué cambios internos se han producido en la tercera República. Estos cambios pueden ser radicales.

No me cabe duda de que por uno u otro camino terminarán con una reafirmación de la voluntad de vivir de los franceses. Nadie que conozca la fuerza intrínseca de Francia puede dar crédito a los rumores derrotistas, que tanto se han extendido, de que aquella gran nación está dispuesta a resignarse al papel de potencia secundaria. Debe haber, y sin duda habrá, una vehemente reacción en ambos lados del Canal. Pero cómo se producirá en Francia, y en qué forma, es un misterio del futuro.

El principio que unió a la masa del pueblo francés en su resistencia a las dictaduras de las potencias totalitarias ha sufrido un rudo golpe. Los obreros socialistas y comunistas que hace pocas semanas obedecieron con devoción y puntualidad las órdenes de movilización, ya no se dejan ligar a sus deberes por el tema de la resistencia a la tiranía extranjera. No entienden una palabra de cuál es el gran objetivo mundial por el que van a luchar ahora. Si sencillamente se trata de apaciguar a los dictadores nazis y fascistas por medio de concesiones a sus demandas y de la sumisión a sus deseos, ¿por qué hay que aumentar el número de las horas de trabajo?

La parábola del optimista y del pesimista

El sol brilla sobre una hermosa tierra; el descanso es agradable a las masas obreras. Sin duda la ciencia y la maquinaria podrían hoy proporcionar a todos una vida más fácil y más cómoda, si no hubiera esta amenaza externa que proyecta su sombra sobre tantos países.

¿Hay que resistir la agresión nazi, o bien las democracias occidentales deben plegarse de brazos y contemplar resignadamente los formidables acontecimientos que

están amenazando el Centro y el Este de Europa?

Esto nos recuerda la sarcástica broma que se hacía durante la guerra a propósito del optimista y del pesimista. El optimista era el hombre que no se preocupaba de lo que sucedía mientras no le sucediera a él. El pesimista era el hombre que vivía con el optimista. ¿Va a ser ésta la descripción de nuestros comunes o respectivos destinos?

Francia no ha perdido sus ventajas militares

Ahora se sabe que, durante la última crisis, Hitler concentró las tres cuartas partes de sus ejércitos junto a la frontera checoslovaca y dejó en la francesa, para guardar sus defensas todavía no terminadas, una fuerza muy inferior al ejército francés. Todo lo que vamos sabiendo de aquellos días nos demuestra la sólida potencia y la calidad del ejército francés. La serena confianza que sus jefes demostraron tener en él fué confirmada por todo lo que sucedió durante la movilización.

Aunque el ejército alemán es cada día más fuerte, y aunque Alemania posee una fuerza humana doble de la de Francia, no hay que olvidar que las reservas francesas de soldados instruidos son actualmente más numerosas que las de Alemania.

Sólo hace tres años que se restableció en este país el servicio obligatorio, quebrantando lo acordado en el Pacto. Por consiguiente, sólo existen tres cupos anuales de reservistas instruidos. Estos cupos son sin duda numéricamente iguales a cinco o seis de reservistas franceses. Pero Francia tiene veinte reemplazos de hombres instruidos; y para todos ellos posee cuadros sólidos y probados. Al lado de esto, la escasez de oficiales en Alemania es grave, y no es posible remediarla rápidamente.

No hay que buscar entre los obreros la causa de la debilidad de Francia

O Herr Hitler es un jugador desesperado, o debe haber dado por seguro que se encontraría sólo

para hacer lo que quisiera con la República checa. Como estos hechos han penetrado en la nación francesa, no cabe duda de que suscitarán en ella sentimientos profundos. Nadie que haya estudiado la historia de Francia desde 1870 dudará de que arde en ella un incendio bajo las cenizas. Pero nadie puede decir cómo y dónde esta hoguera se manifestará.

Se ha prestado demasiada poca atención al discurso del conde de París, en el que condenaba la capitulación de Munich. Este discurso debería reclamar a sus deberes a ciertos elementos de la derecha que han permitido que su alejamiento de la República los llevase a tener respecto a las fuerzas de su país una opinión más desfavorable de la que autorizan las circunstancias.

Las razones de que Francia no se presente actualmente en todo su poder no debe buscarse entre las masas obreras, que son también los soldados de Francia, sino en ciertas capas de la burguesía y de las clases ricas. Algo semejante puede observarse también en Inglaterra.

Poder para proteger las libertades políticas

Los dos grandes pueblos cuyos destinos se encuentran enlazados deben interrogar sus corazones. No cabe duda de que les bastará mostrarse con su propia fuerza, y con la moral de los antiguos días, para recobrar una posición de seguridad en medio de los conflictos actuales. Siguen teniendo poder para disponer de su futuro y defenderlo, y con este futuro están intimamente unidas las libertades que se han ganado para todo el mundo a través de la larga fragua del sistema parlamentario británico, y de las lecciones duras y precisas de la Revolución Francesa.

Por encima de todo, es indispensable que los pueblos inglés y francés se dispongan a nuevos esfuerzos y a nuevos sacrificios, y que rechacen como una amenaza mortal toda maniobra que se intente para separarlos.



VISITAS A NUESTROS BARCOS



La desertión de unos traidores

Proseguía nuestra reparación en Casablanca.

El día 10 del citado mes de Octubre de 1936, a la vista de que hacía ya dos días que el Comandante y el Director de Tiro, que habían saltado, juntos a tierra, no aparecían por el barco, decidimos destacar un compañero de a bordo para que tratase de averiguar la suerte de ambos.

Dicho camarada se puso en contacto con una organización antifascista de la ciudad. Bien pronto se ponía todo en claro. Y resultaba que se había visto a los dos elementos en cuestión en compañía de un tal Carranza, hermano de un conocido Almirante reaccionario gaditano, cuyo acompañante, al parecer, le había hecho oferta de traicionar a la República, entregando nuestro destructor a los facciosos, a cambio de honores y dinero.

Y, efectivamente, no tardamos en recibir una carta del Comandante, en la que se nos proponía pasar al servicio de Fran-

¡El «Canarias» y el «Cervera», a la vista!

El día 13, los compañeros de la dotación que se encontraban desde lo alto del puente, admirando Casablanca y lugares cercanos (a la dotación, salvo contadísimos elementos representativos del barco, no se la permitía saltar a tierra), una de las veces que dirigieron la vista hacia el mar, vieron acercarse, muy lejos todavía, un barco de guerra algo grande.

El avistamiento, en la mono-

co, previa garantía de nuestras vidas y la entrega de una importantísima cantidad de dinero. Si aceptábamos, saldríamos a la mar, en cuanto finalizase nuestra reparación, donde, al poco de la salida, se nos incorporarían los cruceros rebeldes «Canarias» y «Almirante Cervera», protegidos por los cuales marcharíamos a Cádiz.

La verdad sea dicha, no esperábamos tanta desertión por parte del Comandante, Alberto Caso, ni del Director de Tiro, Emilio Fernández. Precisamente, a este último le había salvado la vida nuestra dotación, que le reclamó para a bordo, cuando estaba preso en Málaga y tildado de desafección al Régimen, en atención a que le conocíamos y no se había portado mal con nosotros. ¡Así pagaba nuestra generosidad!

Ni que decir tiene que, ante tal propuesta de traición, la dotación toda reaccionó muy indignada y con el mayor fervor republicano.

tonía de aquellos días de forzando encierro, fué la nota curiosa que atrajo todas las miradas.

De pronto, una voz en alza, exclamó:

—Parece el «Canarias».

Pero otros lo negaron en el acto:

Entonces, un camarada maquinista que, al enterarse de todo esto, subía también a cubierta, y que había tenido ocasión, varios meses antes, de

EN EL DESTRUCTOR «GRAVINA»

(CONTINUACIÓN DEL REPORTAJE)

contemplar el crucero enemigo, en El Ferrol, cuando iba tocando a su término la construcción del buque, corroboró:

—Ese, es el «Canarias».

Ya estaba unos 5-6.000 metros del puerto. Y, en efecto, tan cerca pasaba, que le vimos ondear una bandera monárquica.

Pero aún queda otra sorpresa. Un poco más lejos, se dejó ver otro navío, cuya silueta, a los pocos momentos, era inconfundible para nosotros: la del «Almirante Cervera», con el cual nos habíamos batido tan esforzadamente, a pesar de la enorme desigualdad de fuerza, unos cuantos días antes.

—¿Qué vendrán a hacer por aquí los dos piratas?—, nos preguntamos nosotros.

Entretanto, una flotilla de destructores franceses surta en el puerto y que estaba a punto de zarpar para Brets, tuvo que

salir deprisa y corriendo, al encuentro de ambos piratas, que parecían adentrarse en aguas jurisdiccionales francesas, con la mayor audacia y sin respeto alguno a los tratados internacionales.

Pero la incógnita iba a despejarse enseguida.

Un petrolero noruego—matrícula de Oslo—, denominado «Beth», que se hallaba también fondeado en bahía, completamente cargado de combustible, empezó a levar anclas, enfilando, finalmente, la salida del puerto y saliendo fuera, donde se incorporó al «Canarias» y al «Cervera», los cuales se habían alejado algo ante la presencia de los destructores galos, y los tres barcos pusieron proa a Cádiz seguidamente, desapareciendo a lo lejos.

Ya estaba aclarada la presencia de los cruceros enemigos, habían venido a recoger su cargamento. Cosa convenida, pues

Confraternidad agradable

Una de las notas de más agradable recuerdo respecto a nuestra estancia en dicho puerto francés, fué la confraternidad que existió entre nosotros y la dotación y pasaje (refugiados) del vapor también español «Cabo Prior», llegado a Casablanca por aquellos días, procedente del Norte de la Península.

Entre estos últimos compatriotas, se contaban muchos artistas, los cuales, en la medida

que lo autorizaban las autoridades de allá, procuraban endulzar nuestro espíritu, en la natural monotonía que la lejanía de la patria ponía en nuestros corazones.

¡Qué gran tristeza nos embargó, cuando el día 14 de aquel Octubre, vinieron a despedirse bastantes de estos compañeros, que regresaban seguidamente a nuestra zona!

A los tres días siguientes, habían partido ya todos.

¿Espía o ladrón?

Otro incidente digno de mención, fué durante la madrugada del día 26 del propio mes.

A eso de las cuatro y media, se oyeron fuertes gritos de socorro muy cerca de nuestro barco, cuando casi toda la dotación dormía.

En la popa del «Cabo Prior», varios tripulantes, a los cuales no era posible distinguir bien ante la oscuridad reinante todavía, lanzaban todo género de exclamaciones, a través de las que pudimos aclarar, finalmen-

te, que un hombre había caído al agua y se debatía, sin saber nadar, por librarse de la muerte.

Pero no se pudo salvarlo, pues se hundió enseguida, antes de que se pudiese prestar el conveniente auxilio. Era ya tarde, cuando llegamos al sitio con el bote.

A los dos días, al amanecer, el cadáver del ahogado apareció, junto a nosotros, flotando sobre las aguas. Iba sobremantamente hinchado.

Resultó ser un moro, ¿espía?

El Cabo Cayetano García,



cuando la metralla de la aviación extranjera, en uno de sus bombardeos, llegó a abatir la bandera del buque, se lanzó presuroso sobre ella, en el fragor del combate, izándola de nuevo al espacio.

Tal cabía suponer, habida cuenta de la incesante actividad desplegada por los agentes de los facciosos cerca nuestra. Quizá fuera un elemento pagado por ellos que, en vista de lo difícil que era colarse en nuestro destructor, por la mucha vigilancia que teníamos montada, había

intentado hacerlo en el «Cabo Prior» (que se hallaba nuestro costado), tratando de introducirse por las estachas de popa, de las que acaso fuese lanzado por un movimiento brusco del barco, azotado por la marejadilla existente en dichos momentos.

Ofertas de traición

Otro día, el 1.º de Noviembre, mientras la dotación de nuestro bote a motor esperaba en el muelle, el regreso de la comisión de compras, vieron acercarse un individuo de nuestra nacionalidad, que pronto entabló conversación con los del bote.

Después de sondear el ánimo de sus oyentes, preguntándoles si tenían fé en la victoria del Gobierno de la República, acabó por descubrirse, tratando de ganar la opinión de nuestros camaradas, a quienes dijo que, si osábamos pasar el Estrecho, para reintegrarnos a nuestra zona, seríamos hundidos por los navíos de Franco.

Añadió que más valía entregar el «Gravina», pasándonos todos a la otra parte, por lo cual seríamos largamente recompensados.

Los del bote, preparando una jugada al intruso, le contestaron que plantearían la cuestión a bordo. Y así lo hicieron, conviniendo todos en invitar a tal in-

dividuo para que, viniendo al barco, reprodujese, ante la presencia general, su oferta.

Como es lógico, de aceptar nuestra invitación, ya no volvería a salir del buque. Teníamos especial interés en haberlo traído para acá. Pero, como también es natural, debió olerse la trama, por cuanto desapareció, raudo, y ya no hubo forma de volverle a encontrar.

El paso del Estrecho

En las primeras horas de la tarde del día 8 de Noviembre, terminada ya la reparación, nuestra destructor abandonaba el puerto de Casablanca, dirigido por el nuevo Comandante, don Luis G. Ubieta, el cual había llegado allí el día anterior con tan expreso cargo.

La maniobra de alistar el barco, fué ejecutada en el tiempo mínimo. La dotación ardía en deseos de reintegrarse a la Flota, así como a los hogares respectivos.

A una velocidad de 25 millas,

El marinero Juan Moreno,



fué herido en el desigual combate sostenido con el crucero faccioso «Almirante Cervera», por cuyo hecho le concedió el Gobierno de la República la Medalla de Sufrimientos por la Patria.

Pero todavía conoceríamos otras nuevas ofertas de la traición.

Unos sujetos, el día 3, volvieron a hablarnos en nombre de los rebeldes. Ahora que, esta vez, fueron detenidos por la policía francesa.

Y, finalmente, un tal Vergara, conocido industrial vizcaíno, citó a un camarada de a bordo, por conducto del cual quiso sobornarnos a los demás, hecho que fué denunciado acto continuo por el propio compañero Paz Campos a nuestro Cónsul.

Y, a propósito ¡vaya fascista que teníamos en la persona del Secretario del consulado! ¡Cuántas de nuestras cartas para la Península interceptó! Hasta que le conocimos.

Pero nada turbó la marcha del «Gravina». Y seguimos adelante.

Cuando pasábamos frente a Ceuta, vimos maniobrar sus proyectores unos instantes, que no nos descubrieron.

Y ya va quedando atrás el Estrecho, sin que nadie disputase nuestro paso.

Y, sin embargo, el enemigo patrullaba por aquellas aguas, por cuanto, a la mañana siguiente, el «Canarias», haciendo acto de presencia ante Almería, cañonearía fugazmente la plaza.

nes, muchos buques mercantes, siempre iluminados.

A lo lejos, una luz que se enciende y apaga intermitentemente. Es el faro de cabo Espartel, al socaire del cual se encontraba el «Almirante Cervera», la madrugada aquella de nuestro combate.

Seguimos avanzando más y más, mientras la dotación va acrecentando su ánimo, todos fijos en sus puestos de lucha.

Tánger, la ciudad internacional, acaba de desfilar también por nuestro costado de estribor.

Al poco, distinguimos, con rumbo opuesto al nuestro, un hermoso trasatlántico, muy iluminado, cuyas luces, al pasar por nuestro través, parecieron descubrir, junto a él, un barco de guerra, crucero, totalmente apagado. ¿Enemigo? ¿Extranjero?

Ante cualquier posible ataque, los tubos de torpedos sólo esperaban la menor indicación del Mando.

Pero nada turbó la marcha del «Gravina». Y seguimos adelante.

Cuando pasábamos frente a Ceuta, vimos maniobrar sus proyectores unos instantes, que no nos descubrieron.

Y ya va quedando atrás el Estrecho, sin que nadie disputase nuestro paso.

Y, sin embargo, el enemigo patrullaba por aquellas aguas, por cuanto, a la mañana siguiente, el «Canarias», haciendo acto de presencia ante Almería, cañonearía fugazmente la plaza.

(Terminará en el próximo número).

Los principios de la guerra moderna

Por el Capitán F. DE MONCADA

EVOLUCION DE LAS DOCTRINAS

(Continuación)

A través de la gran conflagración europea, los vaticinios y pronósticos resultaron corroborados por la experiencia de la guerra en un grado y una magnitud imprevisibles para los propios vaticinadores, quienes llegaron a creer que los principios eran falsos, ante las desmesuradas proporciones que adquirían en la realidad. La guerra siguió siendo, por tanto, lo que siempre fué: una ciencia rígida, sometida a normas hasta cierto punto inflexibles. El buen militar se encarga después de conjugar las posibilidades propias y adversarias dentro de las contingencias especiales a que habrán de subyugarse, aplicándoles como mejor entienda los principios aludidos; y en ello—y no, en otra virtud desconocida—, consiste, a grandes rasgos, el llamado «arte militar»... En toda guerra, no caben definitivamente más que dos actitudes: la de la defensa y la del ataque. En toda guerra larga y estabilizada, donde los beligerantes aparecen como nivelados en la fuerza, sólo la ofensiva victoriosa, es decir, el ataque victorioso, puede conseguir la liquidación total de la lisis, o, por lo menos, la ruptura de la nefasta estabilidad, desgastadora y desmoralizadora hasta del más fuerte.

El incremento de los medios destructivos sobrevenido a la

estabilización de los frentes europeos tendía de un modo exclusivo a conseguir la superioridad ofensiva para destruir las defensas enemigas y proseguir los avances largo tiempo iniciados. Ayer—como anteayer, y como hoy—, en la guerra, «vencer... es avanzar». Muchas fueron, sin embargo, las fallas en la aplicación pragmática de esta concepción ofensiva de la guerra, incluso ulteriormente a las grandes experiencias de los primeros meses. Tales fueron, entre otras: el carecer de una reglamentación táctica general y unificadora de las diferentes Armas (que poseían ciertamente excelentes reglamentos particulares) para regir la maniobra combinada de todas ellas; la falta de campos de instrucción; la excesiva diseminación de las tropas, herencia de los tiempos de paz (pues el enlace entre las Armas diferentes y complementarias no se consigue por medios retóricos, sino por el estrecho contacto de una auténtica comunidad de vida, que hubiera evitado los largos tanteos precisos para llegar a entenderse); la falta de práctica de los jefes (desde el general hasta el comandante de compañía), etc., etc.

21 FOLLETON de «LA ARMADA»

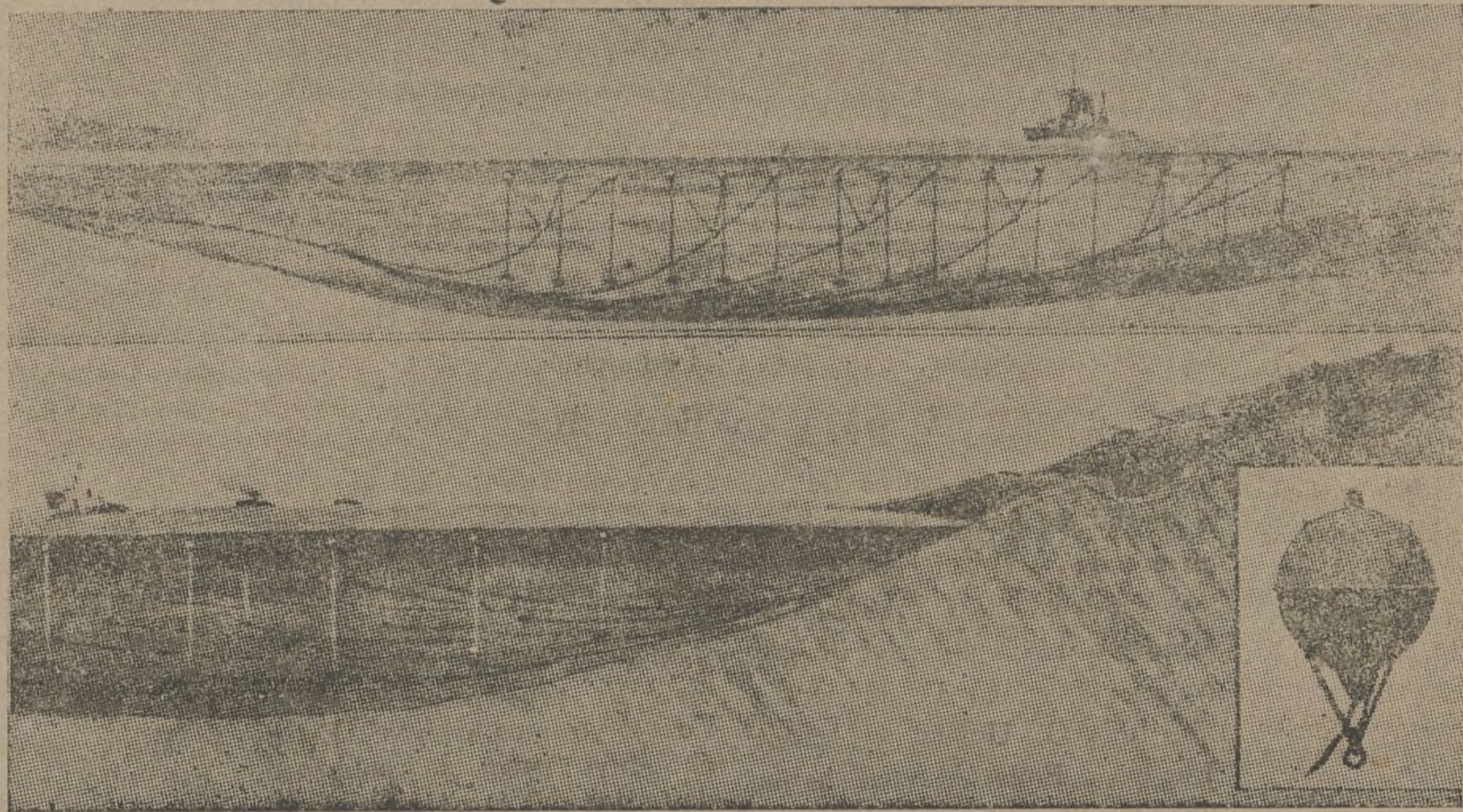
La expedición de los Dardanelos

por M. M.

del alambre espinoso. Allí mismo, viendo algunos cadáveres enredados entre dos aguas, caían otros...

Las embarcaciones llenas de soldados veían cómo quedaban muchos de estos muertos en el fondo de ellas, sin poder siquiera

poner sus plantas en la tierra enemiga y algunos botes, rotos los remolques, van a la deriva con su fúnebre cargamento de muertos y agonizantes, segados por las rachas de las ametralladoras. Los que se ven en tierra se lanzan desesperadamente al asalto; una vez ganadas las alturas próximas, libres del fuego mortal que desde ellas lle-



Este dibujo muestra la disposición en que estaban fondeados los campos de minas en la entrada del estrecho de los Dardanelos. Fondeados a poca profundidad, los buques de menor calado debían, inevitablemente, tocar estos terribles artefactos, uno solo de los cuales bastaba para volar al más poderoso de los acorazados.

gaba a la playa desamparada, incapaces hasta entonces de toda defensa eficaz, descansan un instante, se rehacen, recuentan los hombres y emprenden nuevamente el asalto. Hay que consolidarse en unas posiciones soportables para poder pasar la noche, que

se presenta llena de terribles enigmas amenazadores. En el Sed-ul-Bahr, se representa una moderna edición del legendario caballo de Troya; el transporte «River Clyde» llega hasta varar en tierra y sus costados se abren para dejar paso a los soldados que van

en sus bodegas; los dos mil hombres irrumpen en la playa por un espigón que se ha dejado caer y su comandante, el capitán de fragata Urwin, despliega una energía y habilidad tales, que su pericia hace imposible el que no sean muertos estos valientes que, un momento, han de estar todos bajo el mortífero fuego enemigo. No obstante,

son necesarias treinta horas de encarnizada lucha para que en la tarde del siguiente día, se puedan apoderar de las colinas próximas, atrincherándose y haciendo posible la sistematización del pequeño puerto formado con buques echados a pique que ha de

La verdad sobre la Intervención y la No intervención en España

Por LUIS ARAQUISTAIN

VII

El socio capitalista del fascismo

Por el temor de la Inglaterra feudal y financiera a una España revolucionaria o simplemente republicana y sus preferencias por una España fascista, es decir, también aristocrática, gobernada por caballeros de la sangre, de la espada, de la cruz y de la gran propiedad latifundista y del dinero, responden, además de los motivos de clase social indicados, a otros relacionados con su política europea y con los intereses de su imperio. Con esto entramos en el análisis de las últimas causas de la guerra que por acción o por omisión nos está haciendo toda Europa, salvo Rusia, de que ya hemos hablado, y salvo el proletariado internacional y algunas minorías burguesas patrióticas, de que hablaremos después.

Al desear y favorecer la constitución de una España fascista, Inglaterra persigue dos objetivos internacionales. Uno es debilitar a Francia en Europa, en el Mediterráneo, y, en último término, en África, y a Rusia como potencia europea y asiática. No se olvide nunca que el principio rector de la política internacional inglesa es, ahora como siempre, la idea del *balance of power*, del equilibrio europeo, es decir, de una Europa donde no exista ningún Estado o grupo de Estados que tengan la hegemonía sobre el resto; una Europa donde las fuerzas de los Estados o grupos rivales sean equivalentes, de suerte que Inglaterra pueda siempre, según que se incline a un lado u otro, desequilibrar los platillos. Inglaterra ha combatido en todo tiempo los imperios que tenían en sus manos el cetro de la hegemonía o que aspiraban a ella, primero contra la España de Felipe II, luego contra Napoleón, finalmente contra la Alemania de Guillermo II. Después de la guerra de 1914-1918, que reduce a impotencia a los países germánicos y deja desorganizadas a Rusia e Italia, Francia es el árbitro de la política europea. Hacía falta un contrapeso. Inglaterra pone sus ojos primero en Italia y después en Alemania.

El fascismo y el nacionalismo se nutren de resentimientos internos y externos. Es la doctrina de las clases arruinadas o empobrecidas, que no quieren proletarizarse o que, proletarizadas ya, no se resignan a unir su destino al del resto de la clase trabajadora. Y es también la doctrina resentida de los Estados ambiciosos que han llegado tarde al reparto del mundo, como Italia, o que han perdido lo que tenían más allá de sus fronteras, como Alemania. Para que este resentimiento nacional e internacional cuaje en una política y se apodere del Estado, es preciso que

alguien le sostenga económicamente. En el interior, los subsidios vienen del capital financiero de los países fascistas. En el exterior, el socio financiero principal es Inglaterra, que abre liberalmente la mano de los créditos a Italia y Alemania. Estos créditos se distribuyen entre los Estados y las empresas privadas, y como éstas subvencionan a las camisas negras y a las camisas pardas, resulta, en definitiva, que es el capital inglés predominante, el que finanza la política interior y exterior del fascismo, en parte por simpatías ideológicas y en parte porque así sirve a la política inglesa contra Francia y contra Rusia.

Inglaterra alienta la paranoia de Mussolini porque le conviene que surja una potencia mediterránea frente a la francesa, y da también vuelos a la megalomanía de Hitler para que una Alemania fuerte, del lado occidental, sirva de dique a Francia, y del lado oriental, a Rusia.

La U. R. S. S. es otra de las grandes preocupaciones de la política inglesa, no tanto por la fuerza expansiva del bolchevismo, que en la Gran Bretaña no logra arraigar, sino simplemente porque la Unión Soviética ha alcanzado el rango de una gran potencia militar, que puede decidir los destinos de Europa y de esa Asia donde Inglaterra posee territorios tan fructíferos, como la India, y vitales puntos estratégicos para las comunicaciones y la defensa del Imperio. El pacto franco-soviético, la alianza de la gran potencia occidental y de la gran potencia oriental, representa una alteración importante en la política equilibrada de Inglaterra. Una España fascista, antifrancesa y antirusa, podría establecer el equilibrio en el Mediterráneo y en la Europa central, por lo menos en parte. Esto explica el apoyo, mal disimulado, del Gobierno inglés a los facciosos y a la intervención italoalemana en España.

Una diversión estratégica

El otro objetivo de Inglaterra es producir una diversión estratégica en las ambiciones coloniales de Italia. Este país quedó profundamente resentido por el Tratado de Versalles. El tratado secreto de Londres, en 1915, prometía premiar a Italia por su defección a la Triple Alianza y su incorporación a la guerra junto a las potencias aliadas, entregándole una parte de los despojos de Austria en los Alpes y en la costa de Dalmacia, y parte también de los despojos coloniales de Alemania. Estas promesas no se cumplieron sino en una proporción mínima. El despojo de Italia en Versalles ha sido después una de las grandes fuerzas motoras del fascismo en la escala internacional. Como lo fué en la creación del nacionalsocialismo el reparto de las colonias alema-

nas en forma de mandatos entre Inglaterra, Francia, Bélgica, el Japón y algunos dominios británicos.

Los políticos ingleses no son tan necios que no sepan que una Italia resentida y una Alemania vencida, pero políticamente intacta, pues sólo cambió el rótulo de la forma de Gobierno, plantearían, tarde o temprano, el problema de un nuevo reparto colonial. El problema está ya sobre el tapete desde el advenimiento de Hitler al Poder, e Italia ha comenzado a realizarlo, primero mediante la conquista de Abisinia y, ahora, unida a Alemania, mediante la intervención en España.

Ante esta inevitabilidad, Inglaterra prefiere que Italia se conforme con lo logrado en el Nordeste de África y, alejándose del canal de Suez, del Egipto y del Sudán, piezas esenciales del Imperio británico, emplee su dinamismo bélico en la zona occidental del Mediterráneo donde están los intereses de Francia y las comunicaciones con sus colonias. (Inglaterra vió con ojos de mal humor el comienzo de la aventura italiana en Abisinia. No había alentado y financiado el fascismo para que éste se metiese en su órbita colonial. Hay que ser un poco más agradecidos... Por otra parte, tampoco podía hacer frustrar la agresión de Mussolini contra Abisinia, porque eso hubiera comprometido la existencia del fascismo italiano, que Inglaterra necesita para su política de equilibrio y cuya caída provocaría probablemente una revolución social en Italia, cosa que también inquieta al capitalismo inglés.)

También está Gibraltar, pero ya procurará Inglaterra neutralizar los golpes de Italia. A esto responde el nuevo acuerdo angloitaliano: a estabilizar y desviar Italia del Mediterráneo oriental, dejándole las manos libres en el occidental, una vez garantidos los intereses británicos. En esa zona mediterránea, más al centro, están las colonias francesas de Túnez, que Italia codicia desde hace muchos años, y que también teme, pues en Túnez está Bizerta, que, con Tolón, forma una tenaza naval muy peligrosa; Marruecos, que podría ser objeto de un nuevo reparto en beneficio de Italia y Alemania, cosa a la cual no se opondría Inglaterra siempre que Francia no se instalase en la zona española, porque eso alteraría el equilibrio del Estrecho; y las colonias españolas de la costa occidental de África, cuya ocupación, por parte de Italia o Alemania, o de ambas, no vería con disgusto Inglaterra, con tal de apaciguar momentáneamente a las potencias totalitarias y porque así se haría un nuevo equilibrio político en el África occidental y central.

En suma: la política inglesa en la guerra de España quiere decir que en principio acepta la revisión

del problema colonial, probablemente a costa, en primer término, de los restos de posesiones españolas de África, y, en segundo término, de las colonias y mandatos de Francia.

No se olvide que Italia aspira a desbordarse del desierto de Libia hacia el Sur y hacia el Oeste a expensas de las colonias francesas, y que la Alemania de Hitler quiere restablecer la política colonial de la Alemania de Guillermo II, empezando por recobrar sus antiguas posesiones africanas de Togo, el Camerún, África del Sudoeste y África del Sudeste o Tanganyika. Luego se redondearían con el Congo Belga y con la Angola y el Mozambique portugueses, hasta constituir una Mittel Africa, un África central germánica, trasunto o hechura de la Mittel Europa. Más tarde vendría la recuperación de sus posesiones en Asia y Oceanía. Sólo entonces se considerará Alemania completamente victoriosa sobre el Tratado de Versalles. Pero ya procurará también Inglaterra, como en el caso de Italia, que de momento Alemania desvíe su atención del África oriental, de su mandato de Tanganyika, y que empiece su reconquista por el África occidental y central, donde la porción mayor y más provechosa de los mandatos está en manos de Francia.

En una palabra: los españoles estamos pagando las primeras consecuencias coloniales del Tratado de Versalles — antes las pagó Abisinia — e Inglaterra alienta esa rectificación, tolerando la acción preparatoria o envolvente de Italia y Alemania, que a eso equivale su intervención en España. Su guerra contra la República es también un *chantage* contra Francia para intimidarla o para tomar posiciones estratégicas en España y sus islas, con vistas a otra guerra mayor, cuyo objetivo será despojar a nuestra vecina en los Pirineos de sus colonias y mandatos. El juego de las potencias fascistas no puede ser más claro, como es claro también el doble juego de Inglaterra, protectora aparente de Francia y alentadora efectiva de la política de agresión de Italia y Alemania. Entre imperialismos rivales anda el juego, y nosotros, la España eximperial y pacifista, somos las primeras víctimas. ¿No lo ve Francia la próxima víctima señalada?

RECUERDOS... El Canal de Panamá

I

Todos están contentos. Marchan con unos días de permiso después de sufrir largos meses el infierno del frente y no pueden disimular la alegría que los invade. Esta se refleja en sus rostros, en sus ademanes, en sus actitudes... Viene a ser como la exteriorización de su ternura hacia los seres queridos, lejanos todavía pero a los que pronto verán.

Andan en gozosa confusión: uno busca impaciente una cosa, otro habla más allá, aquel canta, y entre todo este pequeño tumulto van subiendo al tren uno por uno... Pasan unos minutos apenas y ya todos se hayan acomodados en sus sitios respectivos. Junto a ellos ya no se ve el fusil, compañero inseparable de tantos y tantos meses de lucha.

Apenas hablan pero entre ellos, con los ojos se lo están diciendo todo. Sin embargo, uno de los soldados, un muchacho andaluz, se asoma a la ventanilla y comienza a dialogar con los compañeros que quedan en el andén de la pequeña estación provinciana, y que miran con nostalgia a los que se van. Están impacientes pero el soldado andaluz más que nadie. Por eso interrumpe su conversación con sus amigos y compañeros que están en el andén para dirigirse a un hombre de cierta edad que camina un poco encorvado y que demuestra por su uniforme y su aspecto su condición de viejo ferroviario ya caduco. Hasta ahora, el hombre ha permanecido aparte mirando con ojos de tristeza el bullicioso grupo que formaban los jóvenes héroes, pero cuando se ha dado cuenta de que uno de ellos le hablaba ha dado unos pasos, pequeños, en su dirección para oírle mejor...

Este con el innato gracejo de su tierra y el desparpaje habitual en él habla dando a su sentida impaciencia un alegre tono cómico:

—Oiga usted nuestro «trenero». ¿Cuándo vamos a salir de aquí? ¿Usted no es el amo del tren? ¡Pues hombre, diga al maquinista si quiere irse!...

Los demás ríen la gracia natural del soldado, pero el viejo ferroviario ha dejado asomar a sus labios una triste sonrisa. Después... después ha vuelto su rostro hacia otra parte no sin que los soldados hayan visto brillar algo en los ojos del anciano: quizás una lágrima furtiva...

Y rodean amorosos y solícitos al viejo que con breves palabras da gracias a todos por sus atenciones. Con voz cortada de trecho en trecho por la emoción, el viejo obrero habla con el soldado que antes se dirigiera a él:

—El tren arrancará dentro de unos minutos llevándonos a vuestros hogares, a los brazos de vuestros familiares; pero... ten paciencia hijo mío, ten paciencia como yo la tengo para esperar al hijo que un día se fué con vosotros pero que ya nunca más volverá...

Y añade con resignación:

—Y ya ves a pesar de todo, espero...

Una ráfaga de tristeza ha ensombrecido todos los semblantes.

Ramón MARGALEP
Del «Lazaga»

DE MI DIARIO DE GUERRA

18 DE JULIO DE 1936

En un departamento se encontraban unos quinientos marinos sin pensar en nada por no poder salir a la calle a causa de una huelga.

Por la mañana se oyen unos disparos, cayendo un hombre que vestía traje gris y gorra de plato, sin que se logre saber nada por morir los dos protagonistas del suceso.

Al atardecer, un puñado de marinos se niegan a entrar de guardia porque creen ver un peligro que no se manifiesta por ningún sitio y quieren armas para defenderse en caso de una agresión. Al fin se hacen con ellas pero necesitan quien guíe sus pasos y se preguntan ¿contra quién luchamos? Uno se adelanta hacia ellos y contesta:

Contra unos hombres que quie-

Las autoridades militares americanas han detenido recientemente a tres hombres y una mujer de nacionalidad alemana, que hacían fotografías en la zona fortificada del Canal de Panamá. Ello indica que está bien montada la vigilancia en el canal, que tiene una importancia estratégica tan grande para los Estados Unidos.

Las imponentes maniobras aeronavales efectuadas en la primavera de 1936 por la flota americana del Pacífico, al Oeste de Panamá, habían demostrado la necesidad urgente de reforzar las instalaciones defensivas del canal y, sobre todo, el dispositivo de vigilancia para salir al paso de cualquier tentativa de sabotaje. Esta última eventualidad ha preocupado siempre vivamente a las esferas navales de los Estados Unidos.

A ello se debe que una vez terminadas las grandes maniobras, el Gobierno de Washington insistiera cerca de la República de Panamá para que fuera modificado el tratado de 1903, que no dejaba a las autoridades militares y navales americanas más

que una libertad de acción restringida en la zona del canal.

Las negociaciones han determinado una refundición casi total del tratado de 1903 y el nuevo convenio otorga al Gobierno de Washington poderes absolutos en toda la región que depende estratégicamente del canal.

Los Estados Unidos van a utilizar sin pérdida de tiempo esa extensión de facultades, realizando un programa quinquenal (1936-1941) de reformas y trabajos que se refieren, especialmente, a los puntos que siguen:

1.º Elevación de 8.000 a 25.000 de los efectivos de vigilancia y construcción de alojamientos modernos para el personal suplementario reclutado como consecuencia de ello;

2.º Creación de un sistema nocturno de iluminación, por medio de proyectores, de las orillas y de las esclusas;

3.º Creación de un sistema permanente, día y noche, de vigilancia del canal por patrullas aéreas;

4.º Aumento muy importante del número de baterías de D. C. A., especialmente en las extremidades del canal y ampliación considerable de los «stocks» de municiones.

Estas diversas medidas han parecido suficientes a las autoridades americanas y el Gobierno de Washington ha abandonado, al menos por ahora, el proyecto de construir otro canal que, a través de Nicaragua, uniría Greyton, en el Atlántico, Brito, en el Pacífico.

ren implantar en España una dictadura fascista.

—Pero ¿a quién defendemos?

—A tu Gobierno y al Pueblo.

¡Pero nosotros somos militares!

Por eso mismo ese Gobierno que tu representas te pide que como hijo del Pueblo estés a su lado para poder aplastar a esos traidores.

Pasaron las sombras de la noche. En el pico más alto del Departamento ondeaba una bandera; todos se emocionaban al verla y en el interior de su pecho se juraban morir antes que verla arriada o substraída por otra:

Porque esa bandera es la insignia de la República Española.

C. CERRO

Cabo Electricista del «Cervantes»



En un barco de guerra

Por J. GREGORI MARTINEZ

Comisario del «Cervantes»

¡Leva anclas! ¡Leval! La enérgica voz del comandante se deja oír en la proa, y el barco empieza a moverse con una leve lentitud en busca de la salida del puerto. Desde el puente, el mando va dando órdenes a todas las dependencias del barco. Los servicios han de estar cubiertos con precisión matemática. El mar es enemigo peligroso y exige toda clase de precauciones. Cualquier fallo, aun de los más insignificantes, puede resultar catastrófico. En la cubierta, mientras el barco no está ya en plena mar, no se divide a nadie; todo el mundo ocupa sus respectivos puestos y para que no haya el menor error, a cada marino se le asigna un número con el que figura en la libreta de destinos.

La primera preocupación, apenas hecho el barco a la mar, es la evidencia este grito: ¡Vigilancia contra submarinos!, que es seguido de éste otro: ¡Atención a los antiaéreos! Y las miradas de todos se concentran en el infinito horizonte que es repaseado una y mil veces.

Aumenta la velocidad del barco hasta que consigue la marcha que se le ha señalado en la orden de operaciones, lo que se comprueba por el número de revoluciones de las máquinas.

A nuestras espaldas hemos dejado el puerto, borroso ya en sus contornos. ¿Volveremos? Este interrogante se hace en cada salida a la mar. Tan inmensa y majestuosa resulta en los atardeceres, que alguien ha pensado si su destino no estará en su fondo invisible y misterioso. Y cuando las primeras sombras de la noche empiezan a ennegrecer el verde espumoso de las aguas, un afán místico, una profunda melancolía empieza a apoderarse de nosotros. ¿No es verdad, marinos gallegos?

Y ya en la noche, una estela blanca va quedando atrás como si fuese la cola del barco. Es el surco que abre sobre las aguas, símbolo del humano poder cuan-

do los elementos no desencadenan sus furias.

En el puente bajo, en la llamada Caseta de Derrota, que es como si dijésemos el cuartel general de la unidad, sobre un mapa se va siguiendo el curso de la navegación.

El viento frío y cortante humedece nuestros ojos siempre abiertos y en constante exploración.

En el barco no hay una sola luz encendida; hasta hay que tener cuidado con la lumbre de los cigarrillos. El fuego es uno de los mayores peligros de ser localizados.

Hay poca conversación. El silencio es uno de los respetos que se deben al mar. Parece como si se tuviera la superstición de que las palabras han de despertarle de su quieto sueño y que es preferible que las olas en su ruido semejen más a los pacíficos ronquidos del durmiente que a los bramidos roncós de la fiera interrumpida en su sueño. El mutismo que se observa en todos los que están en el puente alto sólo se ve interrumpido por las órdenes que el oficial de guardia da a través de la bocina: ¡Doscientas ochenta revoluciones! Navegamos a treinta millas aproximadamente y el destructor da la impresión de ser el galgo de las naves. Tal es su agilidad.

En los sollados, el personal que salió de guardia, duerme tranquilamente, sin importarle nada el constante vaivén del barco. Puede más la fuerza del hábito. En cambio, los encargados de cubrir los servicios, están bien firmes y dispuestos. Todo marcha con la debida normalidad. Se está preparado para cualquier sorpresa del enemigo o bien para atacarle en caso de que sea divisado.

Sigue la exploración del horizonte y los gemelos van de mano en mano. Nada interrumpe la calma hasta que uno de los vigías da un aviso.

—Por la amura de babor se ve un bulto.

Automáticamente todas las miradas se vuelven hacia la dirección que señaló la voz de alerta. Todavía no es el momento de tomar una determinación. Hay que precisar antes de qué se trata. Un bulto no basta para alarmar. Poco a poco se precisan los contornos del objeto divisado. Es un pesquero. Y el barco sigue su curso inmutable.

Nuevamente el vigía lanza otro aviso.

—Por la amura de estribor se distingue una luz.

Y nuevo cambio de dirección en las miradas. La luz se va agrandando y su movilidad indica que sigue una dirección encontrada a la nuestra. Y es entonces cuando empiezan a tomarse resoluciones.

—Telemetrista, ¿a qué distancia tenemos la luz?—pregunta el comandante.

—Catorce mil setecientos metros—contesta el interrogado.

—Está bien. Sigue cantando las distancias.

Y en intervalos cortos y precisos, el telemetrista va cumpliendo su cometido.

Se agrandan nuestros ojos a medida que la distancia entre el barco y la luz se acorta.

—Siete mil quinientos metros.

Expectación,

—Siete mil metros. Parece un barco de guerra.

—¡Zafarrancho de combate!, pregona el comandante.

Y un ruido de timbres, dando la señal, invade todos los lugares donde pueda haber personal descansando.

Nadie puede contener la emoción. ¿Qué pasará? Pero el ánimo se mantiene tenso. El silencio se reviste de una gravedad imponente y ya lo que menos importa es el peligro del mar en sí. Se concede mayor importancia al peligro que avanza y que en realidad no es más que un insignificante artefacto que, en un momento dado, puede con-

vertirse en juguete de las aguas, pero es el símbolo de un enemigo más concreto, mejor localizado; es la idea de nuestro contrincante en todos los órdenes de la vida, que flota para adueñarse del mar y de nuestros propios destinos; es la prolongación del poder que en tierra quiere esclavizarnos, y a éste, nunca le hemos dado paz ni cuartel. ¿Qué importa el mar con su bravura si lo que se tiene enfrente es el enemigo con su hipócrita cobardía? Y entonces no se notan los vaivenes del barco, ni las trepidaciones de los objetos, ni nada. Parece como si se pisara tierra firme, como si se tuviera la seguridad del dominio de las aguas. Los momentos se van haciendo espesos, intensos, y el sereno silencio se mantiene a todo trance. Estamos pendientes de los primeros estampidos de los cañones, que se retrasan, que se retardan con exceso. Y es que, por esta vez, no había de celebrarse combate. El barco era enemigo, pero de nacionalidad italiana. La emoción decrece y hasta nos consideramos defraudados.

Una voz irónica dice, con poca razón:

—Debimos dispararle. Ellos nos hacen la guerra a nosotros y en cambio no podemos contestarles en los mismos términos.

Creo que hubo maldiciones para el Comité de No Intervención.

La misión que se nos confiara en la orden de operaciones daba a su fin sin haber sufrido el menor, contratiempo y entonces se ordenó el cambio de rumbo.

Ai amanecer, distinguimos de nuevo el punto de salida. La navegación ha durado catorce horas, y sin embargo parecía que habían transcurrido varios días. Los semblantes desarrugan el entrecejo y hasta se sostienen algunas conversaciones. Es este, el síntoma de un regreso sin grandes novedades.

Y el barco va entrando lentamente en el puerto, hasta que las amarras lo mantienen completamente quieto sobre las aguas.



LA ARMADA



La guerra nos exige muchas veces el sacrificio de una reserva absoluta. Así como en ocasiones el combatiente tiene hasta el derecho de que se le informe de adónde se le lleva, en otras no se le puede nunca decir, por las repercusiones que podría tener para nuestra causa la revelación de un secreto de guerra.

La Delegación de la Flota, en los Frentes

Hombres y cosas de Madrid

Llegamos a Madrid poco antes de caer la tarde. Los tranvías dormitaban, parados y vacíos, por la Cibeles y Alcalá. En el Ministerio se desconocía nuestra llegada. Las calles estaban desiertas. Una «primera impresión» denotaba la tragedia del Madrid martirizado. La recepción fué dolorosa. Más, aún: penosa, triste. Llegábamos cansados, y pensamos en cenar y dormir; surgieron los primeros inconvenientes... Madrid se nos hacía ingrato. A la mañana siguiente, fuimos—a primera hora—a saludar a las autoridades. El Comandante militar, general Cardenal, con su amable cordialidad antillana, nos advirtió de que el Jefe del Ejército del Centro aguardaba nuestra visita desde el día anterior. Presurosos, fuimos a verle. Allí estaba el Coronel Casado, acompañado de un viejo amigo nuestro, Fernando Piñuela, Comisario Inspector del Ejército del Centro. Cuando íbamos hacia allá, le decía yo a Ricardo Noval, Comandante del «Antequera»:—Creo que debemos quedar un solo día en Madrid y regresar en el acto a Cartagena. (Todos estábamos de acuerdo. Pensábamos sólo cumplir la visita, pues en realidad había sido ella una desviación particular de la oficial al frente levantino).

Al exponerle nuestro propósito a Casado, nos respondió rápida y enérgicamente:

—¡Quedan ustedes arrestados!

Noval y yo queríamos entender que hablaba de broma con un ademán tan serio. En mi archivo sentimental de futuro *cronista*, pensaba:—He aquí el retrato de un auténtico Jefe militar. Lacónico, severo, rápido, decisivo... Saber mandar, mandar bien y a tiempo, excluyendo todo obstáculo y dilación: primera condición del jefe.

El Coronel Casado es un gran jefe militar, cuyo escepticismo mundano se vé arrastrado por una gran tendencia a la simpatía y a la espontaneidad. A su lado, Piñuela completaba los valores civiles de esta pareja absolutamente civil, dentro de la órbita militar, que orienta, dirige y rige los destinos de Madrid y de su ejército defensor. Después, hemos conocido mejor al Coronel Casado, y hemos seguido siendo prisioneros de su excepcional simpatía. Nos hemos convertido automáticamente, sin lugar para la deliberación, en sus mejores subordinados... En el Ejército del Centro reina una verdadera camaradería, que se guía por el principio científico de la división del trabajo:

Ejército: Casado y Piñuela. Los dos semejan una vinculación especial de la Jefatura militar y el Comisariado. A veces, el Coronel parece más Comisario que Piñuela. Piñuela, con su aire desvaído y lejano, recuerda al Jefe silencioso del Estado Mayor, al artífice callado de la victoria.

Visitas, recepciones, festividades: Miguel San Andrés. Y, coronando su labor, Rafael Alberti y María Teresa, en la Alianza de Intelectuales.

Madrid: Todos ellos. Y, además, su Alcalde y su Gobernador, estampas típicas del Gobernador y el Alcalde nacionales y tradicionales en cuanto al carácter: nuestros amigos Gómez Ossorio y Henche. De todos, hay largo que hablar y escribir. Madrid ha tenido la suerte de encontrar, en la hora dramática, sus hombres, cuando tantos otros le abandonaron a la intemperie, al infortunio y al peligro. Hoy, estos hombres viven estrechamente enlazados al destino del pueblo ilustre que regentan. Madrid les comunica savia y vigor, y sobre Madrid pueden dictar sus designios sinceros, afortunados y generosos, con la certidumbre de encontrar siempre, frente a su voz, el eco memorable de todo un pueblo singular.

Madrid conserva su orgullo y su estirpe de gran ciudad. Oculta a la mirada extraña, sus vergüenzas y dolores, sus quejas y desesperanzas. Nuestro error, al juzgarle, estribaba en confundir su vida interna por su vida exterior. En lo exterior, se advierte la desolación de la guerra; en lo interior, la gran riqueza latente de este pueblo de mártires y de héroes civiles. Al hablarnos de Madrid sus hombres más ilustres de la hora presente, entornan los ojos con emoción.—Conozcan Madrid durante unos días. Adéntrense ustedes en su secreto maravilloso—venían a decirnos—. Y comprenderán cómo apenas es leyenda lo legendario que de él se musita. El Coronel Casado me agregaba, el severo gesto castrense constreñido por una fuerte emoción:—Cuando me ausento de Madrid, me siento menos fuerte. Apenas me alejo de él, y ya necesito recuperarlo de nuevo para recuperarme en su espíritu sin igual.

¡Claros y exactos palabras! En Madrid nos encontramos a nosotros mismos, descubrimos a España. Comprendemos, mejor que en cualquier otro lugar o designio, la grandeza de esta vasta epopeya que vivimos, algunas veces con excesiva inconsciencia o extremada alegría.

Alejandro RODRÍGUEZ SEGUÍ
Comisario Político del «Ullea»

CRONICA INTERNACIONAL

Papeles mojados

Los Gobiernos de París y Berlín tienen ya firmado un compromiso semejante al anglo-alemán que obtuvo Chamberlain en Munich a modo de una recompensa por el sacrificio de Checoslovaquia.

Recientemente se hizo pública la declaración conjunta de los citados Gobiernos, puestos de acuerdo para dirimir todas las disputas y divergencias de opinión que surgieren entre ellos, por medio de conversaciones amistosas.

Ha sido tal declaración de forma chamberleniana, que de esta suerte empieza a generalizarse. Pero, ¿puede ser eficaz? Merece nuestro comentario. Desde el ángulo de visión con que enfoca el primer ministro británico los asuntos internacionales, el procedimiento se recomienda por su sencillez y parece el más práctico. Aunque de tan sencillo puede parecer pueril a los diplomáticos, que han leído todos a Maquiavelo y que conocen la complejidad de los conflictos de todo orden que dirigen a las naciones.

Por de pronto, conviene tener presente que en la actualidad todos los conflictos los plantean los Estados totalitarios. Esto quiere decir que las relaciones de Inglaterra o Francia con Alemania no pueden encontrar otros obstáculos que aquéllos que el nazismo vaya creando con su singular modo de ser. Europa, por el momento, no conoce otras perturbaciones internacionales que las originadas en la movilidad del eje Roma-Berlín y en los imperialismos en que cabalga la política de Hitler y Mussolini.

Tanto es así, que esos compromisos bilaterales que inauguró Chamberlain para dirimir en paz y buena armonía presentes y futuras discrepancias con los dictadores, nacen de la necesidad que sienten las naciones de estar a cubierto contra nuevos asaltos de quienes han hecho de su política extranjera un «chantage» nunca visto y con frecuencia sangriento.

Hitler y Mussolini, sin embargo, no cambian de política ni se están quietos. Su dinamismo es característico de las dictaduras. Estas han sido comparadas a una bicicleta porque, si se paran, se caen. ¿Y se van a parar sólo porque Francia o Inglaterra les pongan delante un compromiso firmado por el cual se obligan a resolver amistosamente todas las cuestiones que fatalmente han de continuar sucediéndose? Cuestiones nacidas de la ambición desaforada de Italia y Alemania, que no podrán sosegararse mientras no hayan desplazado a sus rivales—Inglaterra y Francia—de sus posiciones ventajosas.

¿Cómo resolver amistosamente conflictos originados en la pugna por la hegemonía, que se plantean con intolerables exigencias de los que no reconocen otra razón que la fuerza? Si los arreglos amistosos han de consistir en ceder siempre a esas exigencias, sale sobrando el compromiso. ¿Para qué han de servir? ¿Para evitar que los dictadores ataquen de frente a los intereses de las grandes democracias? El ataque frontal no es su táctica. Hasta ahora han escogido siempre su presa entre las naciones débiles. Así, los intereses de las potencias rivales, resultan amenazados, es de modo indirecto. Lo difícil, en nuestro tiempo, es encontrar un Estado europeo de segundo o de tercer orden que no tenga conexión ninguna con los intereses franceses o británicos.

Y hasta un conflicto de régimen interior, como ha sucedido con la persecución de los judíos, puede provocar rozamientos graves. Ha bastado, por ejemplo, que se insinuara—con muy mala intención, justo a reconocerlo—la conveniencia de establecer a los israelitas expulsados de Alemania en Tanganyka, antigua colonia alemana, e inmediatamente se habló de una retirada del embajador nazi en Londres. Y no hace más de siete semanas que Hitler y Chamberlain firmaron su compromiso preventivo en Munich.

Mas o menos tarde—con el ritmo que llevan los acontecimientos políticos, seguramente no será muy tarde—, Chamberlain tropezará con el desengaño. Si antes no tropieza Daladier, a pesar de que ya tengo firmado con el «führer» un compromiso «de amistad». Hitler y Mussolini quieren mantener el mundo revuelto y la paz siempre en peligro. En su fuerza. Y el sistema de tener siempre asida por los pelos la oportunidad. No dejarán de promover cuestiones ni de marear a los Gobiernos democráticos, que suspiran por una tranquilidad imposible.